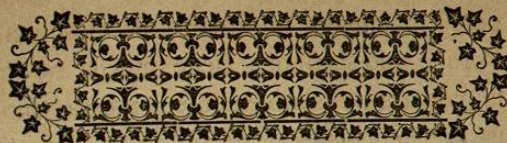


peregrina idea de encarnarse en mosquita? Porque, eso sí, Chona tiene mucha razón, la mosca no es simplemente la mosca; Chona lo ha conocido al palmo, ¿y qué vamos á hacer con ello? Adelante.... adelante.... Salvador bostezó profundamente.



## CAPÍTULO VIII.

SE ACERCA EL FIN DEL PLAGIO  
DE GABRIEL.

**A**TRAVESABA don Santiago la plaza del pueblo para tomar una callejuela solitaria, y llegar á su casa, cuando un hombre embozado en un jorongo pardo y con sombrero blanco de anchas alas, se acercó á él.

Serían las nueve de la noche.

—¿Usted es don Santiago? preguntó el desconocido.

—Yo soy, contestó don Santiago.

—Vamos á hablar quedito, agregó el desconocido poniendo al pecho de D. Santiago la larga hoja de un puñal.

Don Santiago no se movió.

La callejuela estaba enteramente sola.

No salía una sola luz de ninguna parte.

—Vengo por los diez mil pesos de parte de Gómez.

—Pero....

—¡Silencio! Gómez está perseguido, y para salvarse necesita repartir mucho dinero; si mañana no los recibe, mata á Gabriel y se va.

—No tengo esa cantidad, dijo don Santiago.

—¿Cuánto tiene?

—Mil pesos.

—Diez mil.

—No es posible.

—Tiene usted doce.

—En casas.

—Los diez mil dentro de una hora, ó muere Gabriel mañana.

—¡Dentro de una hora!

—En la misma noche, aquí, en este lugar.

—Pero....

—Váyase usted, aquí lo espero.

Don Santiago sintió que una mano brusca lo impelía para obligarle á tomar la dirección de su casa.

Anduvo de prisa temeroso de que lo siguiera aquel desconocido, y llegó á su casa jadeante y azorado.

—Bendito sea Dios que ha llegado usted, señor de mi alma, le dijo doña Mariana, su ama de gobierno.

—¿Por qué, doña Mariana?

—Porque están pasando unas cosas en el pueblo que, la verdad, tienen á uno con el alma en un hilo: pero á usted le ha sucedido algo, señor don Santiago; dígame usted lo que le ha sucedido.

—Usted, doña Mariana, dígame ¿por qué estaba tan sobresaltada?

—Porque vinieron á buscar á usted unos hombres, pero no son del pueblo, señor, no son del pueblo; y Dios me lo perdone, pero me parecieron mala gente; donde no se dejaron ver las caras....

—¿Y cuántos eran?

—No ví mas que tres, pero me parece

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N.P.M.

que eran muchos según el ruido que hicieron al irse.

—¿Y qué querían?

—Nada más preguntaron por usted.

—¿Y usted qué dijo?

—Dije.... ¡válgame Dios! á lo que obligan á uno, hasta á mentir; dije que no estaba su merced en el pueblo. ¡Ay! y yo con un susto que las quijadas me repicaban, señor de mi alma: y á usted, ¿qué le ha sucedido? ¿tal vez lo han encontrado á usted?

—Sí, doña Mariana, me ha hablado sin duda uno de los plagiarios, porque la voz no me es desconocida.

—¿Y qué quieren todavía de usted esos... esos pecadores? por no decirles otra cosa.

—Que les dé los diez mil pesos esta noche ó matan á Gabriel.

—¡Ay, señor! si cuando yo le dije á usted que pensara bien lo de adoptar al chico, créame usted que tenía yo razón.

—No es ahora tiempo de entrar en esas reflexiones, doña Mariana, y pensemos en lo que importa.

—¿Cómo no ha de ser tiempo, si todos los males le han venido á usted con motivo de ese Gabriel de mis pecados?

—Sea lo que fuere, yo no tengo corazón para permitir que lo maten, estoy dispuesto á dar todo lo que tengo por salvarlo.

—¿Y nos quedamos á un pan pedir?

—Sí.

—¡Ahora que está usted tan enfermo y tan delicado? ¡no lo permita Dios, señor don Santiago!

—Es preciso.

—En todo caso, procure usted quedarse con algo.

—Bastante lo he procurado; pero según vamos, no es posible librarse de esta plaga; todavía de los ladrones se libra uno, pero de los plagiarios, es imposible; ya vé usted que osan venir á mi casa, hablarme en la calle, y todo se queda impune.

—Pero usted, ¿por qué no dió voces?

—Estaba yo amenazado por un puñal.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento! señor de mi alma, ¿con que llegaron....?

—Sí, doña Mariana.

—¿Y no hizo usted nada?

—¿Qué había de hacer?

—Pues yo sí he hecho una cosa.

—¿Qué?

—Avisarle á don Máximo.

—¡Ave María! exclamó don Santiago, eso basta para que lo sepa toda la población, y don Máximo es capaz de estar en acecho...

—Cabal que sí, como que es muy *templado*.

—El hecho es que es preciso no perder tiempo, déme usted las llaves.

—¿Qué vá usted á hacer?

—Déme usted las llaves.

—¡Va usted á sacar dinero! ¡ni lo permita la cruz de mi rosario, y la divina intercesión de María Santísima nos salve y nos!...

—Es preciso, doña Mariana, es preciso acabar de una vez, ¡para lo que he de vivir!... me bastará con lo que sobre.

Y don Santiago se dirigió hacia un viejo baul que, sostenido en dos pequeños bancos, había sido mucho tiempo objeto de la curiosidad de doña Mariana, quien se figuró

que de allí iban á salir los tesoros de Creso, y exclamó:

—¡No lo permita María Santísima de Guadalupe! señor de mi alma, se va usted á quedar en la miseria, y á mí se me parte el corazón al considerarlo: no, señor don Santiago, esto no puede ser.

Y diciendo esto, doña Mariana se dirigió hacia las piezas interiores, mientras don Santiago se ocupaba de remover ciertos objetos, decidido á desprenderse de todo lo que formaba su capital en efectivo, que si no era la suma pedida, estaba seguro de que habría lo bastante para contentar la ambición de los bandidos.

Llevaba media hora don Santiago de apartar de aquí y de allí pequeños bultos, que señalados unos con iniciales, y otros con cintas que los ataban, tenían aspecto de todo lo que pudiera imaginarse, menos de dinero; pero en realidad, no eran sino puñados de monedas de oro, amortizados en distintas fechas por don Santiago, durante un largo período de años.

Era aquél el fruto de su trabajo y de sus economías, era la herencia de Gabriel y de doña Mariana.

Repentinamente don Santiago se vió rodeado, sin haber sentido previamente el menor ruido, de varias personas, entre las cuales figuraba doña Mariana.

Eran don Máximo, don Nestor, don Antonio y varios vecinos, á quienes doña Mariana había logrado poner en alarma.

Don Santiago paseó la mirada en torno suyo, y no podía darse cuenta de si aquellas personas vendrían á librarlo de la miseria, impidiendo que entregase su tesoro, ó serían los bandidos que venían á reclamarlo; pero la presencia de doña Mariana, y más que todo su aire triunfante, lo tranquilizó.

—No se apresure usted, señor don Santiago, á hacer semejante barbaridad, dijo don Nestor.

—No es una barbaridad, sino una desgracia irremediable, porque estoy seguro de que si esta noche no entrego el dinero, esos

hombres matarán á mi hijo sin remedio.

—Tranquilícese usted, señor don Santiago, le dijo don Máximo, porque los bandidos deben estar ya á estas horas en poder de la justicia.

—Eso es imposible.

—No es sinó la verdad, señor don Santiago, ya era preciso que esos hombres pagaran todos los crímenes que han cometido; y estoy seguro, que lo que es en esta ocasión no han podido escaparse, porque el señor Prefecto de aquí, ha obrado con una actividad asombrosa.

—No lo crea usted, señor don Nestor, decía don Santiago, á bandidos de esa especie es muy difícil darles caza.

—No ha de tardar usted mucho en desengañarse, señor don Santiago; figúrese usted que no sólo las autoridades de por aquí, sinó los de la Hacienda grande, los de la Hacienda chica, y otras muchas personas de importancia, como don Homobono Pérez, y otros, están obrando en combinación: esté usted cierto, por lo tanto, señor don

Santiago, que á estas horas ha de estar Gómez mas aflijido que usted.

A las razones de don Nestor, y á las no menos consoladoras observaciones de don Máximo y don Antonio, debió sin duda rendirse don Santiago, supuesto que pudo lograrse que desistiera por lo pronto de su intento.

Veamos lo que sucedía entretanto á Gabriel.

Lo hemos dejado en la primera noche en que pretendió su evasión.

Gabriel empezaba á sentir, impulsado por esa fuerza misteriosa de los presentimientos, la necesidad de apresurar el desenlace de su situación.

Toda la confianza que al principio tenía acerca de Gómez, se había tornado en temor, y aprovechando el primer momento en que se encontró solo, puso en planta el proyecto que había meditado.

El ventanillo que daba luz á su prisión, estaba, según hemos dicho antes, á bastante altura; pero en el ventanillo era donde

Gabriel, después de darle mil vueltas al asunto, había fijado todas sus esperanzas de salvación.

Ya había medido con la vista las distancias, y había ideado la manera de llegar hasta aquella ventana, que al volver de su largo desmayo, le había ofrecido un pedazo de cielo azul.

Apenas estuvo solo puso sobre una vieja caja un baúl vacío, en posición perpendicular, y sobre éste la única silla que había en el cuarto; subió con facilidad sobre el baúl, llevando la silla en una mano, y por más que aquello fuese para otro un equilibrio que no carecía de mérito, Gabriel pudo ejecutarlo hasta con cierta maestría, recordando en aquel momento los muchos golpes que había sufrido en el tiempo en que perteneció á la compañía de acróbatas.

Una vez sobre el baúl, colocó sobre él la silla y se encaramó al asiento, de allí pasó á los barrotes del respaldo, y sobre el último y de puntillas, pudo alcanzar el borde inferior de la ventana.

Hubo de ejercitar entonces la fuerza de contracción de los brazos, que es uno de los primeros ejercicios gimnásticos, y merced á esta fuerza logró desprenderse de la silla y elevarse lo suficiente para asomarse por la ventana.

Se presentó á su vista un patio cuadrado, uno de cuyos lados era un tapia sobre la cual se elevaban las copas de unos árboles; otro de los costados parecía ser el límite ó la espalda de alguna casa contigua, y en el lado opuesto había dos puertas, una de las cuales estaba entreabierta y dejaba ver parte de una cocina ahumada y oscura; todavía pudo distinguir Gabriel el claro de otra puerta posterior á la cocina, y vió apenas flotar la punta de una de esas servilletas, con flecos, que suele ser en algunos parajes el único signo de que aquello es una fonda.

—Luego aquello es la puerta, dijo Gabriel, y apenas hubo tomado este dato, volvió á aflojar los brazos hasta encontrar el respaldo de la silla con los piés, descendió al baúl como había subido, y se deslizó des-

pués hasta quedar en tierra; volvió á colocar aquellos objetos en su lugar, y se puso á esperar.

No faltaba en aquella pieza lo que hubiera sido mas difícil de encontrar, y era un cordel, pues no solamente había uno, sino que en aquel cuarto uno de los objetos que le había servido de asiento á Gabriel, era nada menos que un tercio de lazos nuevos del comercio, efecto que, en los lugares por donde pasan arrieros, como era aquella casuca, no faltaba jamás.

Esperó Gabriel la despedida definitiva de su carcelera, y una vez viéndose solo, comenzó á ejecutar su operación, empezando por atar varios lazos de manera que le pudieran alcanzar para descender hasta el otro lado de la ventana.

Ató la punta del lazo á la mitad de uno de los piés de la silla, y repitió á tientas la operación que había ensayado antes: cuando estuvo sobre la silla, recogió el lazo y lo colocó todo sobre la ventana, y después subió, y colocado con dificultad en el canto

de la pared, subió la silla para que quedara en postura horizontal al través de la ventana, dejó caer el lazo y en seguida se deslizó por él, teniendo la precaución, al llegar á tierra, de no soltarlo bruscamente, sino que fué soltándolo poco á poco, á fin de que la silla no cayera de golpe del lado opuesto é hiciera ruido dentro de lo que fué su calabozo.

La oscuridad de la noche favorecía sus proyectos, y deslizándose de puntillas llegó hasta la cocina.

En la pieza posterior hablaban varias personas.

Eran éstas dos de los bandidos de la cuadrilla de Gómez y la muger escuálida á quien conocemos y que había dado de almorzar á Gómez y al *Pájaro*.

—¡Adios! decía uno de los bandidos, ya no tome, amigo.

—¿Y por qué no? ¡adios!

—Pues porque tenemos que hacer y se va á dormir.

—No, qué dormir.

—¿Pues qué, siempre? preguntó la mujer.

—¿Pos dígame qué hacemos con el muchacho toda la vida?

—¡Pobre! exclamó la mujer.

—¡Diz que pobre! contestó uno de aquellos hombres, tan compadecida que es usted.

—Si fuera un hombre como ustedes, pero un muchacho.

—Esto es, ¿y qué hacemos, pues, con él? si tarde ó temprano se escapa y va á pitarlo todo.

—¡Pos ya se vé! dijo el otro, si lo mejor es despacharlo.

—Al fin en la barranca ni quien lo vea.

—¿Hasta allá se lo llevan? dijo la mujer.

—¡Pos no!

—¿Pos no vé que luego viene el aguarecio y saca lo que hay en la barranca y se lo lleva al llano?

—¡No, qué!

—¿No, pos no dicen que allá encontraron el caballo de don Celso?

—Bueno, pero eso fué porque llovió esa misma noche, ¿perora?



—Lo mejor será enterrarlo.

—¡Adios! ¿y cree que eso es fácil?

—Pues no.

—Onde nos vamos á estar abriendo la tierra.

—Pos si no lo enterramos, luego apesta y vienen los zopilotes, y sacan el rastro como con don Celso.

—Pues ande, si hemos de ir, vamos.

—Pos al fin dice don Gómez que el viejo no ha de dar nada.

—Eso yo ya lo sabía, como no es su hijo.

—Vaya, y aunque fuera, ¿pos qué no conoce al viejo agarrado?

—¡Vaya! con que no ya mero lo mataban, y el viejo firme, y que no tengo, y que no tengo.

—Pos figúrese ora que ya está libre, pos ora menos da.

—Bueno, pos ande, usté le pega primero.

—¡Adios! ¿y usté por qué no?

—Pos los dos, ¿yo qué? ¡pos ora sí! pos no digo al muchacho, vaya y verá qué buena se la *jinco*.

Gabriel no había perdido una sola palabra, había corroborado la idea de que se trataba de asesinarlo.

Aquellos hombres iban á pasar junto á él para atravesar el patio y sacarlo de su calabozo, donde lo suponían dormido.

En esta sazón entró la vieja carcelera.

—¿Pues qué, deveras se lo van á llevar? dijo.

—¡Pos no! contestó uno de los bandidos, ¿por qué?

—Pos ustedes sí que hicieron bonita lucha, tanto esperar, y tanto exponerse, para ir saliendo con que... y lo que es yo, no me quedo sin parte: ¡adios! pos tanto estar cuidando para nada, ya ustedessi que *diatiro* ya no más matar por matar, ¿y qué consiguen?

—Que va con el chisme.

—No dice nada.

—¡Ah qué de que no dice nada!

—Pues ande, vale, vámonos yendo.

—¿Cuánto se debe chata? dijo el otro bandido.

—¿Pues ya no sabe? dijo una de las mu-

geres, dos y medio de la cena y dos del pulque.

Pagó el bandido y se puso en pié.

—Oiga, Don, le dijo la vieja al que había pagado, ¿pues no será bueno que siempre no le hagan nada al muchacho?

—¡Adios, qué usted!

—Sí, hombre, porque cuando los hombres se rifan, vaya; pero así no más irle á pegar al muchachito.... pos á que se le hace feo?

—A mí no, ¿pues yo qué? al fin semos mandados.

—Pero siempre; vaya, ¿por qué no lo dejan aquí? le esconderemos bien.

—No, ¿y si viene don Gómez y lo *jaya*?

—¡Don Gómez! don Gómez no anda muy bien parado, tiene muchos malquerientes, y un día ú otro lo agarran.

—Yo ya se lo dije, agregó el otro bandido, pero él es muy confiado, luego anda ahí diciéndolo todo.

—Y de que se le sube el pulque, pues hasta parece que quisiera poner avisos, pos todo lo dice.

—Son imprudencias de los hombres, dijo el otro bandido con aire de hombre de experiencia.

—Pues uno es que sea valiente, y otro es que ande con fanfarronadas que nos compromete á todos.

—Ya se vé, dijo la mujer joven ofreciendo cigarros á los bandidos.

—¿Pues ahí no estuvo el otro día en la tienda de don Máximo, diciendo que por aquí y que por allí?

Tenía una mona ese día que *¡álgame!*

—Yo creo que el día menos pensado le dan un susto.

—Don Gómez está creyendo que todos los tiempos son lo mismo; en tiempo de la revolución, vaya, pos todavía se tiene mas seguridad, pues al fin siendo uno jefe.

—Pero *ora* no es lo mismo, agregó el otro bandido, si bien á bien don Gómez no ha estado bien más que cuando tenía la fuerza y fungía de coronel, entonces él mandaba, y ora quiere hacer lo mismo.

—Y lo que es ora lo cojen.

—Oigasté, agregó el otro *vale* y don Gómez es malo.

—Vaya, si por eso es bueno tenerlo de amigo; si nó, cuándo habíamos de hacer nada con el muchacho.

—Pues déjenlo, agregaron casi á un tiempo las dos mugeres

—¡Ah qué mano! con eso nos *llega* don Gómez apenas lo sepa.

—¡Adios! ¿y qué les cuesta decirle cuando lo vean que al fin lo despacharon?

Los dos bandidos se fijaron la mirada, y después dijo uno al otro:

—¿Qué dice, vale?

—¡Pos usted si *deatiro* se anda *sesgando*! ¿pos no fué usted quien le dijo á don Gómez que lo despachaba al muchacho cuando se ofreciera?

—Ya se vé; pero yo si se lo digo es porque ve que las señoras se interesan; y luego que *¿paqué?*

—Pues la verdad, de todos modos siempre nos llevamos al muchacho; y si le parece, vale, lo echaremos vivo á la barranca,

á ver si por milagro cae vivo, pues allá se las compondrá como pueda.

—¡Ah qué usted tan malo! dijo la mas joven de las mujeres, ¿pues cuándo va á vivir? ¡si está muy alto!

—Pues como quiera, entonces primero le pegamos.

Las dos mujeres tiraban del jorongo al bandido, para indicarle que no cediera á los deseos de su compañero.

Gabriel, entretanto, tirado boca abajo en la puerta de la cocina, no había perdido una sola palabra de aquella escena.

